



# Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

Es 2 de abril de 1982 y Buenos Aires amanece entre gritos de sorpresa y el ruido de los cláxones que, como un canto festivo, suena con más fuerza de lo habitual. En la radio no se habla de otra cosa y, a media mañana, la noticia ya está en boca de todos: las Fuerzas Armadas argentinas han recuperado las islas Malvinas. La gente cuelga banderas en los portales de los comercios y las casas; las muestras de fervor patriótico se reproducen; un aire de entusiasmo se adueña de las calles; es, sin duda, un día histórico para el país. No faltan, sin embargo, los que reaccionan con cautela; se diría, incluso, que con cierta inquietud, como la que invade al teniente Quinteros cuando, esa mañana, escucha la radio.

Carlitos, Antonio y el Conejo, tres soldados reservistas de la clase 1962, se suman, en cambio, al entusiasmo general. A estos amigos, que hace pocos meses dejaron el Ejército, les toca reincorporarse a filas e ir a las islas para reforzar la presencia de tropas argentinas en el enclave austral mientras se avanza con las negociaciones diplomáticas o, piensan los menos optimistas, se va hacia un conflicto bélico. Son jóvenes, tienen sueños y sed de aventura, y formar parte de una gesta nacional es, a sus ojos, un raro privilegio. Llenos de expectativa y curiosidad, fantasean con subir a un avión por primera vez, pisar una tierra desconocida para la inmensa mayoría de argentinos y, si son afortunados, tocar

al fin la nieve. Pero una vez llegados a la isla Soledad, los recibe un viento gélido, la dureza del páramo y la hostilidad manifiesta de los habitantes: señales funestas de que se están adentrando en un territorio inhóspito en el que, poco a poco, la euforia que traían desde el continente cede paso al desasosiego. En las laderas del monte Harriet, Antonio y el Conejo, junto a los soldados del Regimiento de Infantería N.º 43, se guarecen en los pozos de zorro que ellos mismos cavaron a la espera de un ataque británico. La comida escasea, el frío aumenta según pasan los días y, en las trincheras, no queda más que aferrarse a la amistad, la carta de una novia, un mate compartido o una charla sobre fútbol. Mientras, Carlitos permanece en Puerto Argentino, con el Estado Mayor: que lo hayan «acomodado» en esa posición menos riesgosa, aunque, para él, más humillante, debe ser obra de su tío, el mayor Camargo, un militar que no está

dispuesto a poner en jaque su carrera hacia el generalato a causa de las Malvinas ni las osadas teorías de su subordinado, el teniente Quinteros, respecto a un posible desembarco de la infantería inglesa al sur de las posiciones argentinas.

Tras días de tensa espera, privaciones, caos y negociaciones que, a miles de kilómetros, fracasan, la guerra ya no es una abstracción: soldados y militares de diversas jerarquías y variada conducta se ven inmersos en un campo de batalla donde conocerán la nobleza, la lealtad, el egoísmo, la necedad, la valentía y el miedo. Dicen que lo que está en juego son dos islas, pero allí, en medio de la contienda, los combatientes saben que arriesgan mucho más. Bajo el mando de Quinteros, Carlitos, Antonio y el Conejo, apenas salidos de la adolescencia, se enfrentan al horror y al sinsentido de la guerra con los recursos propios de una edad en la que se tiene toda la vida, y también la muerte, por delante.

## CLAVES DE LA NOVELA

Veinte años atrás, Eduardo Sacheri, por entonces un autor desconocido, irrumpía con fuerza con una primera novela, *El secreto de sus ojos*, cuya adaptación cinematográfica, dirigida por Juan José Campanella, obtuvo el Óscar a la mejor película extranjera. A este primer éxito le siguieron cuentos, algunos guiones y una decena de novelas más ambientadas en diversos momentos de la historia reciente argentina, entre ellas *La noche de la Usina*, Premio Alfaguara de Novela 2016. Su vocación literaria, unida a su trayectoria como docente de Historia, lo ha llevado a indagar, una y otra vez, en un pasado, a menudo convulso, que su literatura cuenta desde las bases: a través de personajes corrientes, gente «común»

protagonizando historias aparentemente menores. Historias que, desde la periferia de los grandes relatos, tienen el poder de abrir grietas en la historia oficial, desbaratando mitos y dejando entrever la dimensión más humana, y por tanto, más compleja, del pasado colectivo.

De la crisis de 2001 a la irrupción de las organizaciones revolucionarias armadas en los años setenta, pasando por la profunda grieta que, en la década del cincuenta, divide a peronistas y antiperonistas, son muchos los hechos históricos que se integran en la obra de un autor que en *Qué quedará de nosotros* vuelve sobre la Guerra de las Malvinas: un episodio polémico, doloroso, en el marco de una dictadura que, ante los primeros

signos de debilidad, intenta reafirmarse en el poder a base de engaños y ficciones que apelan a la unidad popular y el fervor patrio. No es la primera vez, sin embargo, que Sacheri aborda este conflicto bélico, que también atraviesa a *Demasiado lejos*, una obra publicada meses atrás que enlaza con su nueva novela a través de personajes y situaciones, si bien ambas funcionan como piezas autónomas que dialogan y se complementan, pero no se necesitan. Porque si en *Demasiado lejos* se hacía foco en las historias de una serie de personajes que viven la contienda de manera indirecta, desde el continente, en *Qué quedará de nosotros* la acción se traslada al frente, a una isla austral e inhóspita donde el Regimiento de Infantería N.º 43, como tantos más, debe combatir en una guerra que en nada se parece a aquella gesta heroica que difunden los medios argentinos y se vitorea en las calles, los bares y las escuelas de todo el país.

En una casa, un taller mecánico y un cuartel militar, la noticia de la toma de las Malvinas por parte de las Fuerzas Armadas argentinas pone en marcha un relato coral que bebe de la narrativa bélica y, a través de diversos personajes, traza un arco que va de la euforia y la efervescencia a la incertidumbre y la tensa espera que antecede a la batalla, y de allí a la desolación y lo que sigue a toda guerra: un largo y penoso silencio. La realidad nutre a la ficción, y en las primeras páginas de la novela, Sacheri captura, a través de detalles en apariencia banales, el ánimo entusiasta que, a la manera de un contagio colectivo, se apodera de muchos; principalmente, de tres jóvenes a los que, camino a la adultez, se les ofrece, de pronto, la

oportunidad de participar en algo grande, una aventura que, quién sabe, quizá los convierta en héroes. Sus expectativas resultan entrañables: fantasías de chicos que apenas se han asomado al mundo y, desde su inocencia, solo son capaces de pensar en el viaje, la camaradería y la *terra incognita* por descubrir. La muerte no se cuela en sus pensamientos, y si lo hace, es una sombra siniestra que, entre risas nerviosas, se aparta rápidamente. La mezcla de ilusión e ingenuidad que une a los tres amigos tiene su contrapunto en el teniente Quinteros, una figura que encarna, entre otras cosas, la razón, la capacidad de duda y la conciencia diáfana del peligro en un entorno donde una voz que cuestiona es, ante todo, una voz disidente. Dentro de la estructura vertical militar, lo salvan su eficacia y su lucidez, pero el conflicto con su superior, el mayor Camargo, es un hilo que recorre la novela y está ligado, por un lado, a la incertidumbre respecto a la deriva del enfrentamiento con los británicos; y por el otro, a modos dispares de entender el ejercicio del mando: «la obscena exhibición de la autoridad» que alienta el mayor entre los oficiales frente al vínculo de confianza, casi un noble nudo paterno, que el teniente construye con sus soldados a espaldas de sus superiores. A través de las continuas tensiones entre estos dos personajes, asoman los matices de un mundo donde, bajo la apariencia de uniformidad castrense, caben muchos sentimientos y actitudes, desde la valentía y la nobleza hasta el temor, la obstinación y la necedad. Atenta a los detalles, *Qué quedará de nosotros* retrata, a su vez, el empeño humano por sostener el or-

den, en forma de normas, disciplina o la simple disposición de objetos en una trinchera o una habitación de aspecto monacal, en medio del caos de una contienda improvisada y desigual que linda tanto con el absurdo como con el horror.

No todo es acción y euforia patria desmedida en una obra que, por otra parte, entronca con la narrativa bélica a través de un elemento menos evidente, aunque estrechamente ligado a la novela de guerra: la espera o, en otros términos, una tensa inacción. Carl Von Clausewitz decía que una de las exigencias de la guerra es la paciencia, y es esa capacidad la que deben desarrollar unos soldados inexpertos que se ven atrapados en una trinchera, sin mucho más que hacer que repetir algunas rutinas y esperar que el enemigo llegue y el combate empiece. Ellos, sin embargo, no son los únicos sumidos en el tiempo de la espera: en la base de Puerto Argentino, mientras los altos cargos diseñan una estrategia inútil, Quinteros se entrega a sus cavilaciones y, a la manera del teniente Drogo en *El desierto de los tártaros*, intenta descifrar dónde se producirá el desembarco de las tropas británicas. Entre la desinformación y la incertidumbre, los personajes habitan en una suerte de *impasse*, un tiempo muerto que ensancha la brecha entre una realidad desoladora y las expectativas que cada uno traía desde el continente. En esa brecha, día a día más ancha, caben la soledad, la añoranza y los temores de unos hombres que, en condiciones extremas, también hacen de la espera un tiempo para la amistad, las bromas, los sueños juveniles, o simplemente, para contemplar las nubes, un cielo estrella-

do o la nieve cuando cae. Alejada de la épica, *Qué quedará de nosotros* encuentra en estos detalles, y en el uso de una tercera persona subjetiva que alterna puntos de vista y adquiere, a ratos, la cadencia de un fluir de conciencia, la manera de apresar aquello que la historia oficial no contempla: las emociones soterradas, las íntimas contradicciones y los secretos de unos personajes que se nos revelan cercanos, humanamente imperfectos.

Del vértigo inicial a una inacción que, perfectamente dosificada, se traduce en suspense, la novela sigue un arco que desemboca en el combate y la anunciada derrota. Es ahí cuando, después de semanas de confusión y desconcierto, Carlitos entiende, al fin, lo que significa la guerra: «unos tipos quieren algo. Otros tipos quieren lo mismo. Se encuentran para matarse. Los que maten a los que mueran son los que ganan la guerra y son los que se quedan con eso que querían los unos y los otros». Tan sencillo de entender y, sin embargo, tan atroz; un profundo sinsentido que desafía la razón, la moral, las ganas de vivir de unos y otros. A esa repentina iluminación le sigue entonces un doble silencio: el de aquellos que, como Carlitos, Antonio y Quinteros, enmudecen tras verse expuestos a la muerte en un campo de batalla; y el silencio de una sociedad que, al mirar atrás, experimenta una mezcla incómoda de vergüenza, humillación y culpa. Contra ese silencio que dura cuatro décadas, y nos empuja hacia la desmemoria, Eduardo Sacheri compone una novela conmovedora que habla del conflicto del Atlántico sur y de mucho más: del sentido último, brutal, que late en el centro de toda guerra.

## LOS PERSONAJES

### CARLITOS

El 2 de abril de 1982, una hora antes de que suene el despertador para ir a trabajar, Carlitos se despierta por los gritos exaltados de su madre y sus hermanas. Las Malvinas son argentinas, y a él, que hace poco terminó de hacer el servicio militar obligatorio, le toca reincorporarse inmediatamente al Ejército, un deber que acepta con orgullo. Poco importa que su madre, en un acto de desesperación, le suplique a su hermano, el mayor Camargo, que proteja a su sobrino y lo deje en el cuartel de Buenos Aires: Carlitos quiere ir a las islas, y quiere hacerlo junto a Antonio y el Conejo, sus amigos. Lo contrario sería una muestra de cobardía y falta de camaradería; en definitiva, una auténtica humillación que evita desobedeciendo a sus padres e intentando librarse del mayor. La jugada no sale como Carlitos esperaba y, destinado a un puesto más seguro que las trincheras del monte Harriet, se enfrenta a la soledad y una incertidumbre nueva, inquietante, mientras a su alrededor nadie parece saber qué curso tomará un conflicto que, a pesar del miedo, él afronta con valentía, amparado por la seguridad y la confianza que le inspira el teniente Quinteros.

«Eso sí, en algún momento habrá que hablar lo de “Carlitos”. Porque tiene las bolas llenas con el diminutivo. Carlos y Carlitos. Carlos para su papá, Carlitos para él. Carlitos para acá, Carlitos para allá. Lo tiene tan incorporado que él, él mismo, se nombra como Carlitos.

Se piensa como Carlitos. El año pasado, sin ir más lejos, cuando empezaron la colimba y arrancaron a conocerse, se presentaba con un “Hola, soy Carlitos López”. De modo que todos sus compañeros del servicio militar lo llaman “Carlitos”. Así de boludo es. Tiene que cambiarlo. Tiene que dejar de ser Carlitos, para todo el mundo y para él mismo. La macana es que no tiene la más pálida idea de cómo hacerlo». (pp. 33-34)

### ANTONIO

Antonio no es de Buenos Aires: hace unos años vino a la ciudad desde un pueblo de Santiago del Estero. Ser un chico de provincias lo convierte en blanco fácil de las burlas de sus amigos, pero a Antonio, en general, no suele importarle demasiado. Durante el año que pasaron juntos en el Ejército estrecharon lazos, y ahora que trabaja en el taller mecánico del padre del Conejo, Antonio siente, por primera vez en su vida, una agradable sensación de orden y pertenencia. El Conejo es su gran amigo, un referente en el trabajo y un compañero de risas. Es por eso que lo incomoda tanto haberse enamorado de Magalí, la hermana menor del Conejo, y tener que esconder que son novios, que se quieren y que, si todo sale bien en las Malvinas, algún día formarán una familia como la que Antonio soñó para sí mismo.

«Antonio no puede más, pero no solamente porque no sabe qué hacer ni cómo manejar lo que siente por esa chica y lo que esa chica le despierta, sino porque se siente un traidor con su amigo. Desde el año pasado, desde la colimba, que el Conejo cada vez que habla de la hermana habla como si fuera de cristal, habla como si se fuera a romper, habla como si todos los tipos fueran unos hijos de puta que se quieren coger a la hermana porque está buenísima y por eso todos la miran como unos babosos de mierda. Y es verdad, piensa Antonio. Es verdad eso de que la miran así. Pero más lo dice el Conejo, y más se le ríe Carlitos, que a falta de una hermana tiene dos, y peor se siente Antonio. Porque sabe que el Conejo no lo va a perdonar si le confiesa que son novios. Porque son novios. Magalí se lo dejó claro la primera vez que se quedaron a solas en un pasillo de su casa y le plantó un beso y Antonio hizo lo mismo que ahora, al principio se quedó quieto y después se lo devolvió, porque boludo tampoco es, si desde la primera vez que la vio se quedó pasmado de que la hermana del Conejo fuese una belleza». (p. 59)

### EL CONEJO

Al Conejo le van los chistes, las bromas, hacer de cuenta que no le importa nada, pero esa actitud no es más que un modo de provocar a su padre, el dueño del taller mecánico donde trabaja. Porque lo cierto es que el chico, aunque quiera disimularlo para mosquear a su padre, ha heredado no solo su pasión por los motores, sino también su pericia para resolver cualquier fallo mecánico. Amigo leal, se entusiasma con la idea de ir hacia dos islas remotas en compañía de sus mejores amigos: a su lado, tiene la impresión de que nada puede salir del todo mal. Las Malvinas y sus trincheras, sin embargo, no se parecen a lo que él imaginó, y entre el clima hostil, la falta de comida y la incertidumbre, el

Conejo solo consigue calmar su ansiedad creciente charlando sobre fútbol con algún oficial o tomando un mate con Antonio.

«Es cierto que como a Antonio el fútbol le importa tres cominos, el pobre Conejo no tiene con quién hablar de fútbol. A veces habla igual, pero como Antonio no tiene ni idea, el otro se aburre pronto y cambia de tema. Pero cuando encuentra a alguien a quien sí le gusta, se pone como loco el Conejo. Es como si tuviera que recuperar el tiempo perdido y arranca a hablar y no lo para nadie. Antonio no cree que se anime con un teniente, pero el teniente le pregunta si es hincha de Boca. “No”, dice el Conejo, irguiéndose, casi ofendido, como hace siempre. “Yo soy de Independiente”. “Yo también”, dice el teniente, y Antonio pide permiso para volver al refugio para alistar el equipo, y el teniente le dice que sí, que vaya nomás, y se ponen con el Conejo a hablar los dos, y mientras Antonio se aleja escucha las cosas que dice siempre el Conejo cuando se encuentra con otro hincha de Independiente. Que no sé qué de Nito Veiga, que parece que es el técnico, y la Copa Libertadores, y Antonio sigue bajando y todavía los escucha, y se alegra de que el Conejo haya encontrado con quien ponerse a hablar, porque hablar de Independiente siempre lo alegra...» (pp. 217-218)

#### EL TENIENTE QUINTEROS

Al teniente primero Horacio Quinteros lo persigue la sensación de no estar a la altura de su cargo. En la adolescencia no fue un buen estudiante y se le hacía difícil escoger una carrera, hasta que en el servicio militar descubrió, por fin, su vocación. La vida militar, con su rigidez y su previsibilidad, le pareció el antídoto perfecto para una tendencia a la duda y al temor que lo acompañaba desde chico. Al principio, sintió un alivio inusual, pero al ser nombrado teniente y tener que impartir órdenes y asumir decisiones, Quinteros volvió a experimentar la familiar incertidumbre y un miedo a fallar que se acentúa cuando lo envían a las Malvinas con el Regimiento N.º 43. En un territorio en disputa, su naturaleza dubitativa y poco optimista lo convierte, sin embargo, en un militar sagaz, capaz de anticiparse a la estrategia británica, aunque el generalato, desafortunadamente, no esté dispuesto a escuchar a un teniente que cuestiona la labor de inteligencia de las Fuerzas Armadas. De esta tendencia a la duda, a no dar el triunfo por sentado, se desprende otra característica que hace de Quinteros una figura atípica dentro de la estructura militar: su flexibilidad y humanidad a la hora de ejercer la autoridad, poniendo siempre por delante la vida de sus soldados.

«Y ahí está el otro asunto. El que de verdad inquieta al teniente primero Quinteros. ¿No se supone que el desembarco en las Malvinas fue planificado con enorme antelación y cuidados exquisitos? ¿No se supone que lo único que hay que hacer, de ahora en adelante, es sostener en las islas una pequeña guarnición mientras se llevan a cabo las negociaciones finales con los ingleses? ¿A cuento de qué, entonces, esa urgencia por anticipar el egreso de los subtenientes? ¿O esa otra medida de reincorporar a todos los soldados conscriptos de la clase 1962? ¿En qué quedamos? ¿La operación militar está concluida, o la operación militar recién está empezando?

Quinteros está feliz por la recuperación de las Malvinas. Pero Quinteros sólo puede ser feliz en un mundo ordenado y previsible. Nunca en un mundo caótico». (p. 43)

#### EL MAYOR CAMARGO

El mayor Alfredo Camargo es un hombre de orden. Su vida se rige por la disciplina, la rutina, el pragmatismo y principios ideológicos inquebrantables, y no tolera que un vecino o su hermana irrumpen en escena para perturbar el orden que da sentido a su existencia. Tampoco lo convence demasiado el asunto de las Malvinas, y mucho menos, que lo envíen a esas islas que, alejadas de todo, podrían apartarlo de su carrera hacia el generalato. Una vez allí, sin embargo, el mayor comprende que la función de él y su regimiento no es sólo ocupar el territorio: todo parece indicar que las negociaciones diplomáticas fracasarán, y con una guerra en ciernes, Camargo vuelve a acariciar la posibilidad de subir un escalafón.

«Camargo emprende la caminata a paso vivo. Se oye el ruido de las pisadas de la veintena de hombres a sus espaldas. El mayor gira la cabeza para ver si el teniente apura el paso para ponerse a su altura. La luz es demasiado escasa como para ver los rostros, pero Camargo adivina que Quinteros es esa figura que está al costado de la hilera de soldados, impartiendo algunas órdenes. Debe estar indicándole a algún cabo que cierre la marcha. Después busca su sitio a mitad de la columna. ¿Así que se va a quedar ahí, en medio de sus subordinados? Camargo no tiene problema. Tiene perfectamente claro hacia dónde conducirlos. Si el ataque inglés es en el aeropuerto, pues hacia el aeropuerto es hacia donde van ellos. Qué carajo. Como si los acontecimientos se esforzaran en darle la razón, allá adelante, en el aeródromo, se oye el estruendo de otras tres bombas detonando». (p. 195)

## EXTRACTOS POR TEMAS

---

### LAS MALVINAS

«Lo que no es normal es lo que están haciendo las tres: miran la radio portátil que su madre tiene entre las manos como si fuera un objeto sagrado ofrecido a la contemplación de la feligresía. Y lo que es menos normal todavía es lo que hace su madre a continuación. Se vuelve hacia él con expresión de asombro y vocífera:

—¡Las Malvinas, Carlitos! ¡Tomamos las Malvinas!» (p. 17)

«—¿Iremos?

El viraje que impone la pregunta de Carlitos cambia el clima de la mesa. De repente ya no son tres amigos que se juntaron a comer pizza un jueves a la noche. O sí, pero son tres amigos que se juntaron a comer pizza un jueves a la noche, víspera de la mañana en que tienen que presentarse en el regimiento para rein-

corporarse al servicio militar.

—Yo quiero ir —dice Antonio, después de un silencio, en ese tono tímido y reconcentrado que usa casi siempre—. ¿Ustedes?

—Calculo que nos vamos a cagar bien de frío —dice el Conejo, y hace una pausa—. Pero yo también quiero ir. Oírme, desde primer grado que vienen rompiendo las bolas con las Malvinas. Y ningún argentino estuvo nunca. O casi ninguno, ponele. ¿Te imaginás ser de los primeros?» (p. 78)

---

### LA VIDA POR DELANTE

«... y Antonio entiende que lo que está viendo es el borde de la Argentina, el borde con el mar, y ahora que sabe cómo tiene que mirarlo se da cuenta de que esa línea angostita amarilla es la playa,

ahí entre lo marrón y lo azul, y hay unas manchitas marrones rodeadas de azul y Antonio se da cuenta de que son islas, y reconoce el dibujo que hace el continente, así medio como una curva y después todo recto para abajo, y las islitas casi donde se juntan esa panza y la parte recta del sur y eso es donde termina la panza de Buenos Aires, Antonio no lo puede creer pero está viendo el mapa de la Argentina, porque desde un avión es como si vieras el mapa, ahí donde está Bahía Blanca, que viene así la panza, así la panza y de repente se va recta para abajo, y Antonio se da cuenta de que así se debe ver el mundo desde el espacio, así deben haberlo visto los astronautas que aterrizaron en la Luna, y no puede creer en la suerte que tiene de estar ahí, viendo eso, que casi ningún ser humano debe haber visto nunca jamás en la puta vida». (p. 115)

«—¿Usted sabe la diferencia entre bañarse con agua dulce y bañarse con agua salada, subteniente?

—No, señor.

—Se corta el jabón, Parisi. Con el agua salada se corta el jabón y a uno le parece que no se está limpiando un carajo. Pero, sobre todo..., esos soldados de ahí adentro llevan varias semanas comiendo cuando pueden, cagándose de frío y juntando una mugre que ni usted ni yo estamos juntando. Así que si hoy les tocó bajar al pueblo, pegarse un baño, remojar la ropa interior, y eso los pone contentos, y como están contentos hacen alguna boludez, usted mira para otro lado. ¿Me entiende? Salvo que se pasen de la raya, usted se hace el boludo, hace

como que no los ve, y listo. Usted dice que no se pueden portar como chicos de escuela. ¿Y sabe qué? Son casi chicos de escuela, así que sí, pueden portarse así. Hoy, pueden portarse así.

Quinteros hace una pausa.

—Ser oficial no significa dar órdenes, Parisi. Significa aprender qué órdenes dar y cuáles no, Parisi. Y estos pibes, dentro de unos días, en una de esas tienen que fajarse con los ingleses. Y para ese momento tienen que estar del mejor modo posible. Lo más limpios que puedan, lo más abrigados que puedan, lo mejor alimentados que puedan. Y lo más contentos que puedan. Y sobre todo lo más confiados que puedan en sus jefes, Parisi. Y van a confiar en sus jefes si los ven sacrificarse como ellos y, si no es el caso —porque usted no tiene la culpa de estar destinado en Puerto Argentino—, si saben que entienden cuánto se están sacrificando». (p. 183)

---

## LA INCERTIDUMBRE

«Otra vez la misma sensación, piensa el teniente Quinteros, aunque se cuida de que se le note. La sensación de que no están seguros de lo que está pasando, ni de lo que están haciendo, ni de lo que tienen que hacer. No es tan ingenuo como para suponer que una campaña de semejante envergadura va a salir perfecta, sin contratiempos ni torpezas de ninguna especie. En el fondo, es como si al país le hubiese nacido una provincia nueva. Nueva y lejana. Lejana y en el medio del mar. No es sencillo, de un día para otro, que la Argentina tenga una provincia

nueva y de buenas a primeras conocerla, ocuparla, administrarla. ¿Cuántos días llevan las Malvinas como parte del territorio argentino? ¿Una semana? ¿Diez días? Hay que aceptar que van a meter la pata más de una vez». (p. 132)

«Después el contraalmirante agrega que el general se quede tranquilo, que siga con las tareas administrativas que tiene asignadas, que los generales de división que están al mando del dispositivo de defensa serán los que se encarguen de diseñar los detalles operativos, logísticos y territoriales, y ése es el momento en el que al teniente Quinteros vuelve a ganarlo la desagradable sensación de inestabilidad, de confusión, de que las cosas no están marchando ni al ritmo ni en la dirección que tendrían que marchar, porque una cosa es planificar la ocupación pacífica de un territorio con una fuerza de setecientos efectivos durante unos meses, mientras los gobiernos negocian los términos del traspaso definitivo de la soberanía de las islas, y otra bien distinta es el despliegue de una fuerza diez veces más grande, en un territorio distante del continente, casi desconocido y habitado por un puñado de personas decididamente hostiles, una fuerza que no va a dedicarse a ampliar el hospital ni a alargar la pista de aterrizaje ni a mejorar los caminos rurales, sino a alistarse porque en una de esas le toca pelear una guerra». (p. 134)

«—¡Pero descartó San Carlos, y es ahí donde van a desembarcar! Las bahías del estrecho están rodeadas de montes, y eso dificulta que nuestros aviones los

ataquen.

Van a evitar entrar desde mar abierto. ¡Van a desembarcar en el estrecho y desde ahí atacan Darwin y Goose Green, y después vienen para acá! ¿En serio no lo ven?

Más de una cabeza se vuelve de nuevo hacia Quinteros, con cierta dosis de sorpresa. No se espera de un teniente semejante nivel de vehemencia para contradecir a un superior. Camargo decide intervenir. No sea cosa que este mocoso termine haciéndolo quedar mal». (p. 213)

---

## EL DESENCANTO

«El camino va subiendo, pero muy de a poquito. Nada demasiado cansador. A la derecha y a la izquierda, un poco lejos todavía, se empiezan a ver como montañitas bajas. Lomas, más que montañitas. Antonio se da cuenta de que se había imaginado las Malvinas como si fueran Bariloche, y nada que ver. Cada vez que pensaba en las Malvinas se le venía al bocho una postal de esas con lagos, nieve, muchos árboles, con esos ciervitos como Bambi por todos lados. Y claro, nada que ver. Ovejas hay, por lo que se ve. Pero Bambis no hay ni uno». (p. 129)

«—Claro, boludo. ¿Decimos que la tierra de las Malvinas es argentina o estamos diciendo que los que viven en las islas son argentinos?

—Es lo mismo, Conejo. Las dos cosas, supongo. Si las Malvinas son argentinas, los que viven acá también son argentinos. ¿Vos por qué me lo preguntás?

—¿Te fijaste cuando pasamos por el pueblo? ¿Viste a esos tres que nos miraban desde un jardín? ¿Los viste?

—Sí. Nos miraron feo, ¿no?

—¿Feo? Nos miraron con cara de odio, boludo. Lo mismo que la mina con el cochecito de bebé». (p. 130)

«... y como no es ningún estúpido el teniente se da cuenta de lo que Carlitos le quiere preguntar pero no se anima a preguntar, y el teniente le dice que sí, López, lamentablemente la cabeza de playa de los ingleses está consolidada, y a Carlitos le dan muchas ganas de llorar pero no por miedo, no por pensar que los ingleses, si consiguieron establecerse en tierra, más temprano que tarde los van a atacar a ellos. No, ahora no tiene miedo. Lo que tiene ahora es tristeza, porque se pone a pensar en esos soldados que les tiraban con los FAL a los helicópteros o los aviadores que enfilaban el estrecho para tirarles sus bombas a las fragatas y piensa que muchos de ellos deben estar muertos o heridos, y para qué carajo, Dios, para qué carajo permitís que esos soldados se jueguen la vida y en una de esas los hayan matado si después, encima, los ingleses consiguen establecerse en su puta cabeza de playa». (pp. 232-233)

## LA GUERRA

«Antonio siempre es partidario de no hacerse mala sangre hasta que no queda más remedio. Por eso hasta esta noche ha tratado de pensar que no, que guerra no iba a haber, que los dos países se estaban provocando como esos que compadorean

para hacerse los malos pero están esperando que los demás, los que están mirando alrededor de los dos que discuten, los agarren para frenarlos. Pero eso de ahí, a lo lejos, son bombas. Bombas cayendo. El Conejo debe estar pensando algo parecido porque habla así, de la nada, en un tono de voz como para sí mismo:

—Se armó, nomás. La puta madre». (p. 201)

«Emprenden el regreso. Tal como les habían dicho, dejan a su espalda la orilla del mar y van cortando camino. Pero el lugar, para Carlitos, es otro. Todo, de repente, es otro sitio. Ahora es un lugar peligroso en el que hay comandos ingleses acechándolos. Hasta este momento pensaba que los ingleses estaban solamente en los barcos que se acercan por la noche y en esos aviones Harrier que de vez en cuando cruzan el cielo, atacan y se alejan enseguida». (pp. 205-206)

«El cielo ya no tiene esas nubes gordas que largaban lluvia cuando pasaban pero entre nube y nube tenías un respiro. Ahora el cielo está todo gris, todo el tiempo, y no deja de llover casi nunca. Y con viento.

Al final no te dan ganas de nada más que de estar metido en el pozo dejando pasar el tiempo. Si hasta el Conejo, que desde que lo conoce siempre fue jodón, estos días está bajoneado. No te queda otra, piensa Antonio. Aunque te quieras escapar, terminás con este humor de mierda y esta cara de culo. Pero dormís. Igual dormís. Porque se ve que el tío Ruedecindo tenía razón, y uno se acostumbra a todo. Tarde o temprano, se acostumbra a todo». (p. 209)

«Las palabras de Quinteros le repican en el cerebro. Los ingleses están desembarcando. Ni más ni menos. Los ingleses están desembarcando. Es raro, porque no es una buena noticia, para nada. Pero por lo menos es verdad. Y la verdad le trae alivio. Ya no hay que esperar más, que esperanzarse más, que ilusionarse más. Listo. Los ingleses están desembarcando y ahora van a tener que cagarse a tiros. Son horas frenéticas, vertiginosas, atropelladas, a las que Carlitos, por fin, les encuentra sentido. Lástima que un poco después de mediodía todo se va a la mierda. Lo que era vértigo se convierte en caos. Lo que era frenesí se convierte en desesperación». (p. 230)

«Y eso les cayó, la verdad, como un balde de agua fría. Porque todos ellos, quien más, quien menos, arrancaron convencidos de que la cosa no iba a pasar a mayores. Primero pensaron que iban a arreglar, en las Naciones Unidas, o así. Y después, cuando hundieron el Belgrano, pero enseguida Argentina les hundió el Sheffield, que iban a decir: “Bueno, cortémosla, nos sentamos a negociar”. Pero no pasó. Y ahora que los ingleses desembarcaron, ya no hay vuelta atrás. Porque parece que los cagaron bien a palos, los aviones nuestros, mientras ellos desembarcaban. Y ahora los tipos no se van a echar atrás. Van a querer cobrarse esos barcos hundidos, esos muertos. Y alcanza con mirarles la cara a los oficiales y a los suboficiales. Están serios. Están preocupados. No lo dicen, pero saben que tarde o temprano los ingleses van a venir». (pp. 252-253)

## LA DERROTA

«Carlitos piensa por un instante en el cuerpo de Parisi, boca arriba en el páramo, tal como lo dejaron, pero envuelto ahora en las tinieblas de la noche y empapado de lluvia. Sacude la cabeza, porque pensar en eso lo pone muy triste. Ahí es cuando Quinteros les dice que decidan con libertad. Él va a tratar de volver, porque quiere tener una chance más. Eso dice. Nada más. Y nadie pregunta a qué se refiere con eso de la chance. Pero seguro que lo entienden, tal como lo entiende Carlitos.

Quedarse acá significa que para vos terminó la guerra. Perdiste, pero terminó. Los ingleses te tomarán prisionero». (p. 286)

«Carlitos quiere estar en su casa, trabajando en la inmobiliaria con su viejo, estudiando en la facultad, escuchando los partidos por la radio y cagándose de la risa viendo discutir a sus hermanas. Eso es lo que quiere. Pero esa vida queda en Marte, así que no entra en la disyuntiva.

El asunto es lo que Carlitos quiera acá. ¿Quiere quedarse y rendirse o quiere volver a Puerto Argentino y esperar que lleguen los ingleses, para pelearlos por última vez? En el fondo, quiere rendirse. En el fondo, o en la superficie. O en la mitad. Una parte de él quiere rendirse para estar seguro de que no van a matarlo. Pero hay otra parte de Carlitos que no se siente capaz de quedarse solo. Necesita estar con alguien en quien confíe». (p. 287)

«—Vamos a perder, ¿no?

El silencio que viene después es interminable. Carlitos sabía que era una pregunta de mierda, pero la tiene repicando en la cabeza desde que volvieron de Pradera del Ganso. O desde que encontraron la balsa de los comandos ingleses. O desde que se puso a mirar con atención las caras de los oficiales en el Estado Mayor.

—Sí, soldado.

Es raro. Porque Carlitos estaba seguro de que Quinteros le iba a contestar eso, pero hasta hace cinco segundos seguía ilusionado con que le respondiera otra cosa». (p. 346)

---

## FRENTE AL SINSENTIDO

«Porque esa película vuelve menos horrible la idea de que Parisi se haya muerto. Porque le da un sentido. Una razón y una utilidad. La realidad es más simple y más tonta. Carlitos ensaya cómo quedaría contarle en voz alta: “Avanzábamos abiertos, los siete, y de repente nos dispararon unos ingleses emboscados, y a Parisi le pegaron en el pecho y el tipo estaba muerto antes de caer al piso”. ¿Se puede contar así? Sí. Se puede. De hecho, es lo que pasó. Pero así la muerte de Parisi es un azar, una casualidad, algo sobre lo que no podés hacer nada, como cuando jugás al truco y te tocan dos cincos y un cuatro todos de distinto palo». (p. 311)

«Antonio devuelve el mate y el Conejo vuelve a cebar. No dicen nada. Ninguno de los dos. Deben estar de nuevo proyectándose en la cabeza la película que les ofreció Carlitos. Parisi levantándose,

Parisi disparando, Parisi cubriéndolos, Parisi salvándolos. Parisi en un mundo en el que las cosas tienen un sentido. Las cosas buenas y las cosas malas. Las cosas buenas como ayudar a tus compañeros y las cosas malas como morirte. Un mundo razonable. Un mundo de causas y consecuencias. No un mundo en el que te morís o seguís vivo simplemente por estar parado encima de esta piedra, o por dar este paso hacia adelante dos segundos antes o cinco segundos después». (pp. 312-313)

«Ahora mismo no se puede sacar de la cabeza a esos ingleses que vio. Esos tres o cuatro que venían corriendo hasta que se tiraron cuerpo a tierra. Hasta ahora no tenía claro lo que significaba la guerra. Desde que los vio, desde que les tiró los últimos tiros que le quedaban, desde que se escapó de ellos justo a tiempo para que no lo mataran, Carlitos acaba de entender lo que es la guerra. No esta guerra. Cualquier guerra.

Unos tipos quieren algo. Otros tipos quieren lo mismo. Se encuentran para matarse. Los que maten a los que mueran son los que ganan la guerra y son los que se quedan con eso que querían los unos y los otros.

Es tan simple que a Carlitos lo asombra no haberlo entendido antes». (p. 366)

---

## QUÉ QUEDARÁ DE NOSOTROS

«Ellos van a perder acá, en este monte, y después van a perder en todos los otros montes que rodean Puerto Argentino. Y

después van a tener que rendirse. Y los que vuelvan van a regresar humillados y vencidos. Y Quinteros sospecha que nadie va a querer abrazar a esos fantasmas derrotados. Que todos los que corrieron a despedirlos con banderas van a recibirlos cerrando las puertas de sus casas». (pp. 317-318)

«—Eso es lo que más me jode —dice Carlitos, tan abstraído en lo que están hablando que se olvida de agregar el con-sabido “mi teniente”.

—¿Qué cosa?

—Que vinimos, nos cagamos de frío, con perdón... pero nos cagamos de frío, nos enfrentamos a estos tipos. Y cuando nos vayamos... yo me pregunto, ¿no?

—Se pregunta ¿qué?

—¿Se acordarán, allá, de que peleamos? ¿De todo lo que nos pasó? ¿De lo que hicimos acá? ¿O pasará el tiempo y la gente en una de esas prefiere olvidarnos? Eso me pregunto, teniente. Me pregunto qué quedará de nosotros. Si es que queda algo, ¿vio? En la memoria de la gente, después...» (p. 347)

«Carlitos, inmóvil en la misma piedra en la que lleva sentado toda la mañana, se promete que si vuelve vivo nunca va a decir una palabra de la guerra. Para qué. ¿Cómo te van a entender los que no es-

tuvieron? O peor: capaz que te quieren consolar. O peor todavía: mirá si les da por quejarse. Si les da por quejarse de que los soldados argentinos perdieron la guerra». (p. 367)

«Antonio lo mira. Le da ganas de decirle que se siente raro. Diferente. Como si fuera una persona distinta del que fue toda su vida hasta ayer. Que se siente... otro. Eso. Otro. Y que lo aplasta la idea de que de ahora en adelante es otro. Para siempre. Para el resto de su vida. Y si el resto de su vida son sesenta años o veinticinco minutos da lo mismo. Es otro». (p. 370)

«Algo en la cabeza de Carlitos le dice que hacen mal, que es un error correr así. Porque si cae una bomba y las famosas esquirlas le pegan a uno, es posible que les peguen a los tres. Aunque, por otro lado, es todo cuestión de suerte. En una de esas, si uno de ellos se aleja, una bomba cae ahí, donde está corriendo el que se alejó, y a los otros que siguen juntos no les pasa nada. Pero hay algo más que piensa Carlitos. Si tiene que elegir, si Dios existe, nomás, como cree el Negro, Carlitos le quiere pedir que lo que les pase les pase a los tres. Que sea bueno o que sea malo eso que les pase. Pero a los tres». (p. 392)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

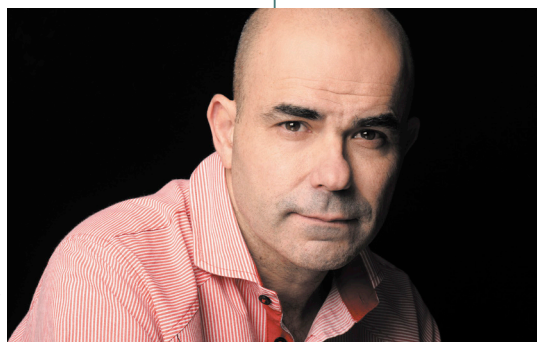
1. *Qué quedará de nosotros* comienza la mañana del 2 de abril de 1982, cuando Argentina amanece con la noticia de que las Fuerzas Armadas han tomado las islas Malvinas. Este momento histórico se narra desde diversas perspectivas y escenarios, desde la casa de Carlitos hasta un cuartel militar, pasando por las calles de Buenos Aires. ¿Por qué el autor ofrece tantas perspectivas sobre un mismo hecho? ¿Qué nos dice el relato coral respecto a la reacción de la población ante la acción de las Fuerzas Armadas? Entre la reacción que tienen los civiles y la manera como los militares reciben la noticia, ¿os llama la atención alguna diferencia?
2. Carlitos, Antonio y el Conejo son chicos jóvenes que terminaron el servicio militar obligatorio y comienzan a proyectarse hacia la adultez. Carlitos trabaja, a regañadientes, en la inmobiliaria de su padre; el Conejo también trabaja con su padre, pero a diferencia de su amigo, parece compartir la vocación y el talento paternos; y Antonio quiere aprender un oficio para salir adelante. Camino a la adultez, ¿qué significa para ellos tener que reincorporarse a filas? ¿Cuál es la reacción de cada uno ante la posibilidad de ir a las Malvinas? ¿Los mueve el entusiasmo colectivo, el patriotismo, el deseo de vivir una aventura o el hecho de no tener claro aún que quieren hacer con sus vidas? Y el miedo, ¿se cuela en sus pensamientos?
3. Desesperada ante la perspectiva de que su hijo sea enviado a un territorio en conflicto, la madre de Carlitos le suplica a su hermano, el mayor Camargo, que mueva algunos hilos para que el chico se quede en Buenos Aires. La relación entre hermanos es pésima, pero el mayor accede a hacer ese favor. ¿Por qué lo hace? ¿Y por qué Carlitos no está dispuesto a beneficiarse de ser sobrino de un militar? ¿Qué nos dice sobre él que no haga caso a sus padres y se suba al avión rumbo a las Malvinas? ¿Intenta demostrar algo?

4. La novela está protagonizada por tres soldados y dos militares de carrera: el teniente Quinteros y el mayor Camargo. En cuanto al mayor Camargo, ¿cómo está retratado este personaje? ¿Qué conductas y valores representa dentro de la estructura militar? Su reacción ante la toma de las Malvinas, ¿os sorprende?
5. En medio de un clima de exaltación y entusiasmo colectivo, el teniente Quinteros recibe la noticia de la toma de las Malvinas con cautela. Desde el comienzo del conflicto, algo lo lleva a sentir una sombra de duda y a mostrarse poco optimista respecto a la ambiciosa acción en la que se embarcan las Fuerzas Armadas argentinas. Dentro de una estructura vertical donde los subordinados no deben cuestionar las decisiones y órdenes de sus superiores, ¿qué representa este personaje? ¿Qué papel juega su naturaleza dubitativa e insegura a la hora de definir su actitud como militar? ¿Qué lo diferencia de hombres como el mayor Camargo?
6. A bordo del avión que los lleva hacia las Malvinas, Antonio observa cómo, a medida que se alejan del continente, el paisaje familiar queda atrás. El viaje aún es una aventura, y los tres amigos fantasean con esa tierra desconocida que es, para ellos, la isla Soledad. Al llegar, Antonio descubre que las Malvinas, a diferencia de lo que él creía, no lucen como los verdes paisajes alpinos de la cordillera patagónica. ¿Qué sucede cuando los tres chicos llegan a la isla? ¿Su entusiasmo permanece intacto o afloran nuevas emociones que empañan la ilusión inicial? ¿Qué detalles o factores contribuyen a que haya un cambio en su percepción de la isla y del conflicto del cual forman parte?
7. Antonio y el Conejo son enviados al monte Harriet, donde, al igual que el resto de soldados, deben construir un pozo de zorro en caso de que haya un combate con los ingleses. Antonio, que tiene experiencia en construcción, se encarga de que su trinchera destaque sobre el resto por sus materiales y su solidez. En medio de un territorio inhóspito, ¿qué significado adquiere la necesidad de construir un refugio lo más acogedor posible?

8. El pozo de zorro de Antonio y el Conejo es, a su manera, un ejemplo de orden, como lo es también la habitación del mayor Camargo, una estancia de aspecto monacal donde nada parece estar de más ni fuera de lugar. El orden, que se refleja en estos detalles, es un hilo que recorre toda la novela, desde las obsesiones del mayor con el agua que se acumula junto a la acera de su casa hasta la vocación de disciplina del teniente Quinteros, pasando por las rutinas matutinas, perfectamente cronometradas, de Carlitos. ¿Por qué la novela presta tanta atención a los detalles que hablan del orden, las normas y la previsibilidad en lo cotidiano? ¿Cuál es la reflexión que se abre respecto al orden, o la necesidad de orden, en un contexto bélico de incertidumbre y confusión?
9. A medida que pasan los días, Carlitos pierde el entusiasmo inicial y comienza a mostrarse temeroso respecto a la deriva del conflicto. ¿Qué lo lleva hacia la duda y el miedo? ¿Cómo van evolucionando las emociones de los distintos personajes a lo largo de la historia?
10. Siempre que puede, Carlitos se acerca a visitar a Antonio y al Conejo en el monte Harriet. A diferencia de sus amigos, él no pasa hambre en Puerto Argentino pero, a cambio, se siente solo. ¿Cómo se aborda el tema de la amistad en la novela? ¿Qué une a estos tres chicos? ¿Y qué papel juega la camaradería dentro y fuera del campo de batalla?
11. Para Antonio, el Conejo es un gran amigo y no querría arriesgar esa amistad confesando que él y Magalí se han enamorado. ¿Qué ocurre con los secretos en la novela? ¿Qué lleva a personajes como Antonio y Carlitos a ocultar algunas verdades? ¿Y cuál es el papel que desempeña en la novela la historia de amor de Antonio?
12. Bajo las órdenes de Quinteros, Carlitos desarrolla, poco a poco, un vínculo singular con el teniente. ¿Qué siente Carlitos al lado de este hombre? A través de una figura como el teniente, ¿cómo se aborda el tema de la autoridad y el poder en la novela? ¿Y el tema de la obediencia?

13. Tras sufrir una emboscada durante una maniobra, episodio que le cuesta la vida al subteniente Parisi, Quinteros le ofrece a Carlitos la posibilidad de abandonar el combate y entregarse como prisionero. ¿Por qué Carlitos decide no rendirse y seguir al teniente? ¿Es un acto de valentía?
14. Cuando Carlitos se reencuentra con Antonio y el Conejo, les cuenta una versión de la muerte de Parisi que no se ajusta a la realidad. ¿Por qué lo hace? A través de esta escena, ¿cuál es la reflexión que la novela hace en torno a la construcción de los relatos heroicos? ¿Y a las ficciones y engaños que forman parte del relato de una guerra? ¿De dónde surge la necesidad de revestir de épica a la realidad?
15. La guerra se acerca a su fin, la derrota argentina es un hecho indiscutible y hombres como Carlitos, Antonio y Quinteros han visto morir y, quizá, han matado. ¿Qué les ocurre cuando piensan en el regreso a casa? ¿Sienten alivio o temor? ¿Aquello que vivieron en el campo de batalla es algo que pueden compartir o la experiencia los empuja al silencio y el ocultamiento?
16. Del campo de batalla, los combatientes regresan enmudecidos. En el país, después de semanas de fervor patriótico, la derrota quita la voluntad de hablar de lo ocurrido y, con el correr de los años, la Guerra de las Malvinas se convierte en un episodio incómodo, polémico y, en consecuencia, bastante silenciado. ¿Cómo interpretáis el título de la novela? ¿Qué significado adquiere la proyección hacia adelante que contiene el título? ¿Qué queda después de la guerra?
17. Entre el rechazo al caos y el impulso a no dar nada por sentado, el teniente Quinteros desconfía de una acción militar improvisada que, intuye, se encamina hacia el desastre. En el campo de batalla, su naturaleza dubitativa e insegura, ¿es un defecto o se convierte en un rasgo de inteligencia y sagacidad? ¿Por qué su voz incomoda a los altos cargos? ¿Qué se pone en juego, además de una estrategia militar, cuando Quinteros sugiere que las tropas británicas van a llegar por el sur y no por donde los argentinos las esperan?

## EL AUTOR



© Alejandra Lopez

**EDUARDO SACHERI** (Buenos Aires, 1967) es profesor y licenciado en Historia, guionista y escritor. Ha publicado toda su obra en Alfaguara: los libros de relatos *Esperándolo a Tito*, *Te conozco*, *Mendizábal*, *Lo raro empezó después*, *Un viejo que se pone de pie*, *Los dueños del mundo* y *La vida que pensamos*, y las novelas *El secreto de sus ojos*, *Aráoz y la verdad*, *Papeles en el viento*, *Ser feliz era esto*, *La noche de la Usina* (Premio Alfaguara de Novela 2016), *Lo mucho que te amé*, *Nosotros dos en la tormenta* y *Demasiado lejos*. *El*

*secreto de sus ojos* fue llevada al cine por Juan José Campanella con guion a cargo de este y de Sacheri y distinguida con el Oscar a la mejor película extranjera (2010). *Aráoz y la verdad* fue adaptada al teatro. *Papeles en el viento* fue filmada por Juan Taratuto y *La noche de la Usina* tiene su versión cinematográfica con el título *La odisea de los giles*, dirigida por Sebastián Borensztein. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas. Colabora en medios nacionales e internacionales.

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Sacheri bucea en lo más profundo de la condición humana».

Jaime Cedillo, *El Cultural*

«Hace de las historias cotidianas lecturas conmovedoras, de los lugares comunes situaciones universales».

Rocío Huerta, *El País*

«A través de un ritmo digno de la novela negra, Sacheri construye un relato universal».

Pilar Martín, EFE (sobre *Nosotros dos en la tormenta*)

«Consigue que sus palabras sean disparadores de la memoria de los otros».

Andrés Klipphan, *Infobae*

«Sacheri maneja con extraordinario pulso, y con felices destellos expresivos, la preparación y consecución de un robo perpetrado por gente trabajadora y tenaz que convierte su torpeza en una épica del ingenio de los pobres».

Francisco Solano, *El País* (sobre *La noche de la Usina*)

